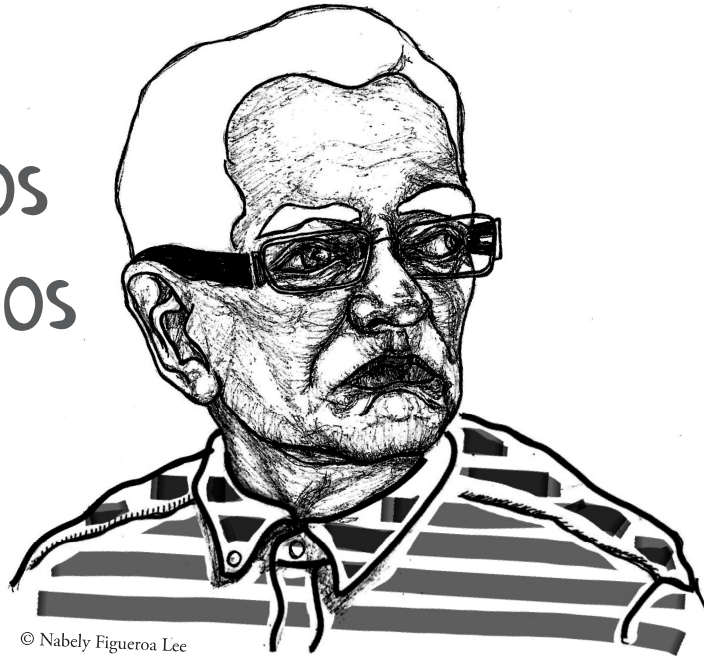


Ramón illan Bacca en la época de los minidiscursos

// **Valentina Gutiérrez de Piñeres**
Estudiante de Lingüística
y Literatura
Universidad de Cartagena

Barranquilla, tres de la tarde, quizás un poco más. Es el mes de septiembre, llegué a la ciudad para entrevistar a Ramón illan Bacca, escritor samario y profesor de la Universidad del Norte. El centro comercial está atestado, nos ubicamos en una zona silenciosa para charlar. Cuando lo conocí debo confesar que fue en son de fan. Llevé todos mis libros de su autoría para que me los autografiara en la Cueva, en el Festival de las Artes 2016, aquí en Barranquilla. En esa ocasión me dijo: “mira te voy a poner la fecha bien visible por si acaso me muerdo ahí te queda que fue hace poco”. Y no sé porque me sigue haciendo chiste su fatalismo.

Me hace un breve recorrido por su vida. Sus padres murieron cuando él era un niño, así que fue educado por unas tías abuelas conservadoras y católicas, que viajaban continuamente a Europa, en la época de las bananeras; en la casa se hablaba el francés y el español, ellas tenían ese aire victoriano, me cuenta. Le pregunto cómo es que terminó escribiendo cuentos y novelas si había estudiado derecho.



© Nabely Figueroa Lee

“Mis tías me preguntaban “¿Qué quieres estudiar?” “si letras, terminarás de maestro; ¿psicología? mmm eso es como una enfermería de vanguardia” “en cambio el derecho, el derecho da status.” Aún ahora - me dice - aunque he visto mucho abogado taxista por ahí...”

Así se inscribió en la Universidad Bolivariana de Medellín, aunque su historia universitaria es mucho más larga y ajetreada, en realidad nunca terminó sus estudios en la bolivariana; fue expulsado por sus pensamientos y compañías reputadas demasiado liberales para la época; la Universidad Libre de Barranquilla lo aceptó y así obtuvo el diploma de abogado.

Y ¿cómo es que termina de escritor? “Pues, cuando escribía para pedir plata a la casa a todos les gustaban mis cartas”.

Ramón Illán Bacca es un autor que hace mofa de todo, agradable para conversar, termina burlándose hasta de sí mismo. Entre sus anécdotas más particulares y digámoslo, un poco absurdas, acabó él mismo coronando a la señorita Colombia en 1968, cuando hacía de secretario privado del gobernador del Magdalena.

“Estaba allí no porque fuera político ni mucho menos sino por mi padrino que había sido nombrado gobernador. Duré como cuatro meses, no había un peso, el departamento estaba en ruinas, qué sé yo; lo único que hice importante fue dar el discurso de coronación de la reina de Belleza en Cartagena. No recuerdo si era

Josefina o Margarita, era como el 1968 -69 le dije algo así como “en esta época de guitarras eléctricas y mini faldas se imponen los mini discursos. Te declaro la mujer más bella del Magdalena”.

De sus mañanas de creación nos pusimos a charlar de modo breve, el tiempo acortaba, el viaje de regreso a Cartagena se ponía en riesgo si entraba más la noche. Le pregunto por su modo de escribir y como se percibe así mismo dentro de la literatura colombiana.

“Fíjate la dificultad de todos nosotros los que escribimos después de Gabriel García Márquez, yo vengo después de doce, catorce años después de él, frente a ese tsunami que... mucha gente siguió la cosa del realismo mágico, yo no sé si me parezco o no, mis cuentos transcurrían en la realidad, nada de magia, ni de cosas que se salieran de eso. La realidad que yo trataba de realzar tenía sus toques digamos “no costumbristas” ni pegados a la monotonía, sino que tuvieran su toquecito. Yo no quería, nunca quise seguir el realismo mágico.”

Tiene un problema en la vista desde hace unos cinco años, así que escoge con precaución lo que lee, sigue mucho las revistas literarias Arcadia, Malpensante, algunas extranjeras que le informan de que es lo que se está leyendo, compra los libros de casi todos los autores, pero esforzar la vista le cuesta fuertes dolores de cabeza acompañados de desagradables mareos.

Muchas veces se le cataloga sus libros como novela negra, aunque se dice no enterado de esas etiquetas, y que si las encuentra no sabe si compartirlas.

“Yo escribo, no hago teoría. ¿Hay crímenes en mis novelas? más bien tienen un tono policiaco, eso y un aura de intriga - le digo - pero novela negra como tal, quizás no”.

Me dice que algunos autores de crítica de los cuales no recuerda su apellido ¿Quizás Gustavo Forero? lo acusan diciendo que Deborah Kruehl no es novela negra porque la trama no gira en torno al crimen.

Yo pienso que en una novela siempre tiene que haber un muerto.

“¡Me critica! y yo estoy de acuerdo que Deborah no es novela negra. ¿Qué crimen hay en Deborah Kruehl?... Yo pienso que en una novela siempre tiene que haber un muerto.”

En mi opinión le digo que sus libros, sus historias siempre me transmiten a imágenes muy cinematográficas, las descripciones de sus narraciones parecen responder a escenas muy visuales.

“Se supone siempre que una imagen reemplaza mil palabras y bueno uno trata de reemplazar en mil palabras la imagen, ¿no?; en lo que escribo hay mucho de cine, mucho de música. A mí me encanta el cine, de hecho ahora que casi no puedo leer, miro muchas películas, no estoy afiliado a Netflix, aquí en Barranquilla no venden ni siquiera cine, ya con internet no están los cassettes de antes. Yo lo que tengo son cds, ahí escucho mi música clásica, soy melómano de música clásica, también escucho mucho bolero”.

Finalmente hablamos de su participación en El Heraldo desde el 2004, un periódico barranquillero vigente desde 1933, donde escribe una columna de opinión quincenal la cual se llama *Puntos de Bizca*. Tiene su modo de ver las cosas, su pluma de columnista sabe de una gracia extraña poco común en los autores de la actualidad.

“Yo trato de sacarle chiste a las cosas, este es un país muy solemne, ¿no crees? Es de mal humor, hay mucho malhumor, mucho odio”.

Nos despedimos, el tiempo nos ha ganado. La luz solar que se colaba por las ventanas de la cafetería comienza a disipar. Caminando hacia la salida ambos nos quejamos del cansancio, nos separamos antes de llegar a la entrada principal, el centro comercial que antes atestado ahora se muestra más tranquilo, las personas parecen escapar tal como nosotros del gigante Buena Vista.

Uno no siente el tiempo hablando - me dice - ojalá podamos repetir. 